

Capítulo 22

Estás invitado: ¡Ven!

([índice](#))

Apocalipsis 22:1-5: Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán, verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos.

Estos dos últimos capítulos de la Biblia han venido siendo de consuelo constante para quienes “experimentaron oprobios, azotes y, a más de esto, prisiones y cárceles”, para quienes “anduvieron errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra” (Hebreos 11:36 y 38).

El agua que mana del trono de Dios y del Cordero es la que Jesús prometió a la mujer junto al pozo de Samaria, cuando le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10). Zacarías profetizó: “En aquel día saldrán de Jerusalén aguas vivas” (Zacarías 14:8), y Jeremías identificó la fuente de esa agua: “Jehová, manantial de aguas vivas” (Jeremías 17:13). A Ezequiel se le mostró que esas aguas conformaban un río que llevaba la vida allá donde iba, y “las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado”: tal era su caudal (Ezequiel 47:5). Se trata de la

vida eterna que fluye desde la cruz de Cristo. Podemos gustarla aquí y ahora al recibir el don del Espíritu Santo.

Aparentemente el “[árbol de la vida](#)” es semejante al Gran Banyan, que se expande multiplicando sus troncos. En este caso posee dos troncos en su base que surgen desde cada una de ambas márgenes del río, y que se unen en la parte superior. Ezequiel lo contempló en visión: “[Junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario. Su fruto será para alimento y su hoja para medicina](#)” (Ezequiel 47:12). La fruta procedente de los árboles de esta tierra —bajo la maldición del pecado— sólo puede dar vida por unos pocos años. Carece en ella misma de auténtica vida. Pero el fruto de ese árbol singular provee ambas cosas: sanación y vida eterna. Será tan delicioso como satisfactorio. ¡Y habrá libre acceso a él!

¿Cuál es la razón por la que sus “[hojas](#)” son necesarias “[para la sanidad de las naciones](#)”? ¿Necesitarán quienes hayan vuelto a la vida en la primera resurrección ser sanados o crecer? El Señor afirma: “[A vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salud; y saldréis y saltaréis como becerros de la manada](#)” (Malaquías 4:2). Fue el pecado el que trajo sobre este mundo la maldición de las inundaciones, la sequía, los terremotos, los mares salados, los pantanos, los desiertos, las montañas desprovistas de vegetación, las enfermedades mortales, la ferocidad en los animales, el lamento, el miedo y las lágrimas. Todo eso resume la maldición que tan bien conocemos.

De igual forma en que fue introducido un “[árbol](#)” en las aguas insalubres —malditas— de Mara, que resultaron entonces potabilizadas (Éxodo 15:23-25), así también quita la maldición el

“árbol” sobre el que fue crucificado el Cordero de Dios cuando murió por nosotros.

Una vez retirada la maldición, ningún temor nos llevará a escondernos de Dios tal como hizo Adán en el Edén tras haber pecado. Caín clamó con amargura: “**Habré de esconderme de tu presencia**” (Génesis 4:14). A lo largo de los salmos y a modo de suspiro, se percibe la súplica: “**No escondas de tu siervo tu rostro**” (Salmo 69:17). Hasta el propio Cristo olvidó en la cruz el dolor de los clavos que lo atravesaban, cuando sintió que se ocultaba el rostro de su Padre: “**Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado**” (Mateo 27:46). Esta es la bendición más dulce y entrañable en toda la Biblia: “**Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz**” (Números 6:25-26). Los hijos de Dios podrán mirar de nuevo a su rostro sin miedo y con alegría.

Las buenas personas siempre han amado la luz del día, y han percibido la noche como el refugio de los enemigos, de las agencias del mal. Ahora, habiendo desaparecido el pecado y el miedo, “**no habrá más noche**”.

Apocalipsis 22:6-7: Me dijo: “Estas palabras son fieles y verdaderas. El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡Vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”.

El ángel parece temer que Juan no pueda creer que todo ese futuro glorioso sea real. Pero podemos tener la seguridad de que “**estas palabras son fieles y verdaderas**”, ya que la fe en Cristo ha instalado en nuestros corazones “**la convicción de lo que no se ve**” (Hebreos 11:1). El hecho de que Dios haya otorgado a nuestros corazones

humanos un lugar para el amor y la gratitud, que sólo vienen por la fe, es evidencia de que nos dará también todo el resto de dones.

Una cosa es leer apresuradamente el Apocalipsis; otra bien distinta es guardar “[las palabras de la profecía de este libro](#)”. El que “[guarda las cosas en ella escritas](#)” significa aquí el que las aprecia tal como haría con un tesoro. ¿Tienes el deseo de poseer una mente más capacitada para comprender la verdad, y para retenerla? Si es así, procura grabar en tu memoria “[las palabras de la profecía de este libro](#)”. La recompensa será el enriquecimiento de tu vida, ya que tu mente será fortalecida y tu espíritu renovado. Pero por encima de todo permite que tu corazón aprenda a amar esas palabras inspiradas.

A medida que aprendemos a amar el Apocalipsis aumentará nuestro amor por Cristo, de quien el libro es una revelación, y desearemos que él regrese pronto.

Apocalipsis 22:8-9: Yo, Juan, soy el que oyó y vio estas cosas. Después que las hube oído y visto, me postré a los pies del ángel que me mostraba estas cosas, para adorarlo. Pero él me dijo: “¡Mira, no lo hagas!, pues yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!”

Un ángel es un ser maravilloso, pero de ninguna forma desea ser adorado. Aun sabiendo que no lo merecía, el rey Herodes aceptó orgullosamente la adoración de las multitudes cuando gritaban: “¡Voz de un dios, y no de un hombre!” (Hechos 12:22-23). El ángel hizo que Juan se levantara inmediatamente y le aseguró que él mismo no era más que un “[consiervo](#)” con él.

El ángel nada sabía del orgullo que albergaba Herodes. ¡Qué desgracia, cuando un hombre, dirigente o no, codicia la adoración

de sus semejantes! Pocos son tan humildes como ese ángel que atribuyó toda la gloria a Dios. Nadie que quiera ser alabado o adorado podrá disfrutar del respeto de los demás.

Todos “los que guardan las palabras de este libro” participan del gozo que han de experimentar Juan y sus consiervos los profetas. Dios es generoso en sus recompensas. Hasta incluso “el que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá” (Mateo 10:41). Recibir a un profeta significa recibir los mensajes del Espíritu de profecía, darles una calurosa bienvenida, atesorarlos en el corazón y vivir en su luz.

Apocalipsis 22:10: Me dijo: “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca”.

Para nosotros el tiempo de entender este libro siempre ha estado “cerca”. Es el privilegio hasta de la persona más débil e indigna orar humilde y fervientemente en procura de luz, y Dios enviará inmediatamente mensajeros que le instruyan en su significado. Pero nadie piense que es más sabio de lo que en realidad es. Pida ayuda con lágrimas, pues es con lágrimas como Juan escribió el libro, y le serán revelados sus secretos.

Hay una razón por la que Dios dio esta instrucción a Juan: “No selles las palabras de la profecía de este libro”. Al profeta Daniel se le dijo: “Cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4). Gracias a Dios Apocalipsis nunca ha sido sellado. Pero paradójicamente, de entre todos los libros de la Biblia, este es el que muchos que se interesan en la religión consideran como si hubiera sido sellado.

Por largos años Cristo ha llevado adelante su obra de cambiar a los seres humanos haciendo de ellos nuevas criaturas limpias de pecado. Los injustos se han hecho justos, y los sucios limpios. A

nadie que lo pidiera se le negó la bendición. Pero cuando el gran Sumo Sacerdote complete su obra en el lugar santísimo del santuario celestial, hará una pausa mientras abandona el templo para pronunciar estas palabras solemnes que fijarán para siempre el carácter de cada uno, quedando entonces su suerte fijada por la eternidad tal como inmediatamente veremos.

Apocalipsis 22:11-12: El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía. “¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”.

¿Cuándo se va a pronunciar ese decreto? Tan pronto como se refleje en su pueblo la semejanza del carácter de Cristo, de la forma en que el sol se refleja en un espejo. Entonces habrá terminado el día cósmico de la expiación, y se habrá cerrado la puerta de la misericordia que por tanto tiempo permaneció abierta para que los pecadores se arrepintieran. Nadie la podrá abrir una vez cerrada. El Espíritu Santo no suplicará más, tal como hizo hasta entonces con el culpable: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7-8). El prolongado y misericordioso “hoy” habrá terminado por siempre.

¿Has aprendido ya a creer que Cristo te ama y que es tu Salvador? ¿Has cedido a su amor que “constrigne” —motiva— a la obediencia de todos sus mandamientos? Algunos tendrán este libro en sus manos justo momentos antes de que Jesús pronuncie esas palabras finales.

Cada uno puede tener exactamente lo que quiere por encima de todo. Si quiere permanecer tal como es por siempre, tendrá lo que desea su corazón. ¡Pero cuánto mejor pedir ser convertido! El

Señor dijo a su pueblo hace muchos años: “Efraín es dado a ídolos, ¡dédjalo!” (Oseas 4:17). Esas palabras están entre las más tristes que cabe oír.

El Salvador se refirió a nuestro tiempo cuando dijo: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día, porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra” (Lucas 21:34-35).

Una vez se haya terminado el tiempo de prueba, quienes hayan enviado de antemano sus pecados al juicio ya no caerán jamás (ver 1 Timoteo 5:24), ya que sus pecados habrán sido eternamente borrados de los libros del cielo, y su nombre no será borrado del libro de la vida (ver Hechos 3:19 y Apocalipsis 3:5).

¿Dónde se habrá determinado el “galardón” para “recompensar a cada uno” antes que Cristo venga? En el juicio “investigador” previo al regreso de Cristo. Buenas personas que pasaron al descanso hace muchos años jamás soñaron con el buen fruto que continuaría creciendo y multiplicándose a partir de las semillas que plantaron. ¡Qué abundante cosecha encontrarán el día de la resurrección! Imagina la sorpresa del mártir Esteban al descubrir que en el libro de Hechos de los apóstoles quedó preservado el discurso por el que fue apedreado, y que el apóstol Pablo se convirtió a la fe de Cristo influenciado por su testimonio. Cada uno recibirá la recompensa “según sea su obra” en su pleno desarrollo. ¡Qué alegría, poder dedicar nuestra vida a servir al Señor y a su pueblo, de forma que una vez terminado nuestro viaje podamos mirarlo retrospectivamente con agradecimiento debido a la gracia del Señor manifestada en nuestras vidas!

Apocalipsis 22:13-16: Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad. Pero los perros estarán afuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y practica la mentira. Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.

El “tercer ángel” proclama: “Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). La verdadera iglesia remanente de Jesucristo (“el resto”) se distingue así: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Muchos viven en el engaño de pensar que la observancia de los mandamientos de Dios está superada por ser inservible. Pero a quien recibe a Cristo como su Salvador le resulta imposible dejar de guardarlos, ya que está “bajo la gracia” (Romanos 6:14) y por consiguiente no puede invalidar la ley, sino al contrario: la confirma en su experiencia (Romanos 3:31).

Los “perros” que estarán fuera son un símbolo de quienes se hayan aferrado a su carácter sucio, reprobable. Pedro escribió en referencia a cierta clase de personas que “después de haber conocido el camino de justicia” se volvieron “atrás del santo mandamiento que les fue dado”. A estos “les ha acontecido lo que con verdad dice el proverbio: ‘El perro vuelve a su vómito’” (2 Pedro 2:21-22). ¿Puedes imaginar mayor miseria que la de alguien que recuerde por fin que en el pasado estuvo en el camino que lleva a

la santa ciudad, pero que eligió volverse al “vómito” de los caminos egoístas y vanos del mundo?

Incluidos en ese grupo estarán algunos que educaron su mente en la ficción, en las lecturas o en la contemplación de escenas que fomentan la impureza en la imaginación, hallando deleite en esa falsedad como si no hubiera la suficiente en el mundo real. “**Todo aquel que ama y practica la mentira**” jamás conocerá la felicidad.

Apocalipsis 22:17-19: El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!”. El que oye, diga: “¡Ven!”. Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida. Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.

Nadie que realmente desee beber del agua de vida será rechazado. Era una costumbre árabe, cuando las caravanas de camellos recorrían los desiertos, que al avistar la existencia de agua el primero en la comitiva levantara los brazos y gritara: “¡Agua! ¡Venid!” Entonces, el que lo seguía hacía lo mismo, y así sucesivamente los siguientes, de forma que todos conocieran las alegres nuevas. Al acercarnos al final de libro se nos urge a que pasemos esa invitación a todo “**el que quiera**” oírla.

“**Añade**” “**a las palabras de la profecía de este libro**” todo el que presente doctrinas falsas originadas en el paganismo o en Babilonia, haciéndolas pasar como si fueran la enseñanza de Cristo. Muchos confían en que lo que deciden los concilios eclesiásticos, lo que dictaminan los grandes hombres de renombre o lo que deciden las mayorías ha de ser la verdad. Dios se apiada de su ignorancia, y

esa es la razón por la que envía este importante mensaje de advertencia.

Quienes añaden enseñanzas que no están en la Biblia, de forma inevitable sustraerán también “de las palabras del libro de esta profecía”. Sólo así pueden acomodar las falsas doctrinas. La advertencia que nos transmite Juan puede parecer extremadamente severa, pero el Señor no la enviaría si no fuera necesaria.

Apocalipsis 22:20 (primera parte): **El que da testimonio de estas cosas dice: “Ciertamente vengo en breve”. ¡Amén!**

Mientras estaba escribiendo este último capítulo del libro sucedió algo en mi familia que permitió que esas palabras hicieran una especial impresión en nuestras mentes. Llevábamos una semana esperando la visita de una delegación importante. Un amigo nos anunció que vendrían “mañana”. ‘Bien —pensamos—, tenemos un “mañana” para preparar la casa’. Pero inesperadamente oímos llamar a la puerta. En lugar de mañana, ¡habían decidido venir hoy, ahora!

Jesús anunció a Juan hace unos dos mil años que vendría “pronto”. Pero aún no ha regresado. ¿Se está demorando?

Unos amigos preguntaron a cierta dama cuándo regresaría su esposo. Ella respondió: “No lo sé. ¡Ojalá tarde en volver!” No es difícil sospechar que algo estaba mal en su actitud.

Jesús está listo para regresar. La única razón por la que aún no lo ha hecho, es porque su pueblo no está listo para recibirle. No es él quien ha demorado su venida, sino nosotros. Los enfermos incurables que reciben sus últimos tratamientos están deseosos de que Jesús regrese. Pero los que se encuentran bien, los que tienen

prosperidad material, salud y diversión, los que disfrutan de las cosas de este mundo, rara vez tienen el deseo ferviente de que Jesús regrese.

Estar preparado para la venida de Jesús conlleva el deseo profundo de que vuelva, tal como la esposa fiel y amante desea que regrese su esposo. Debido a que lo ama, olvidó a todos los demás, y sólo desea verlo a él y estar con él.

Jesús regresará cuando su pueblo realmente desee que vuelva. Es debido a que su pueblo aún ama este mundo, por lo que tiene todavía este mundo. Cuando ame realmente la aparición de Jesús, ¡la tendrá!

Los objetos materiales: casas, tierras, automóviles, mobiliario, vestimenta, etc., pierden su atractivo ante la gloria de la cruz de Cristo. Lo mismo sucede con el placer sensual y el apego a la vida placentera. Pablo escribió: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo” (Gálatas 6:14). Cuando vemos su cruz captamos la realidad de la vida. Entonces nos apercibimos de que no hay nada que sea nuestro por derecho, “pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Corintios 5:14). Si Cristo no hubiera muerto, tú y yo no estaríamos vivos; por consiguiente, nuestras vidas no son nuestras. Vivimos bajo la deuda de agradecimiento que “impone” la gracia.

El que lo comprende y lo cree, ya no puede seguir viviendo para las cosas de este mundo, pues interioriza que Cristo murió en su lugar. A partir de entonces “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Y es así como “el amor de Cristo nos constriñe” (2 Corintios 5:14), de forma que vivir

para él viene a ser el summum de la felicidad. Todo aquel que crea, orará de corazón tal como lo hizo Juan:

Apocalipsis 22:20 (última parte): ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!

Habiendo llegado casi al final de Apocalipsis, nos queda un solo versículo por comentar, y contiene la suficiente verdad del evangelio como para que seamos salvos aunque no dispusiéramos de todo el resto del libro. Para todo aquel que diga “¡Amén!” de corazón, no importa cuán gran pecador haya sido, se cumplirán eternamente las palabras:

Apocalipsis 22:21: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.*

Mi oración:

Amante Padre celestial: al principio del estudio de este libro de Apocalipsis te pedimos la bienaventuranza que tú prometes “*al que lee*” (Apocalipsis 1:3). Ahora hacemos una pausa para agradecerte por haber cumplido tu promesa. Tu libro ha quedado abierto ante nosotros, y hemos comenzado a ver los misterios que estaban velados. Comprendemos que lo que nos ha sido revelado es precisamente Cristo. Padre amante, danos el privilegio de ver pronto cómo recibe nuestro Salvador su corona de victoria, y haz que vivamos desde ahora para su gloria y honor. Te lo pedimos en su nombre. Amén.